

Morelos confiado en su buena fortuna se quedó solo con la compañía de su escolta, y con ella entró en Izúcar el 10 de diciembre de 1811, y el 12 predicó de nuestra Señora de Guadalupe en la parroquia; el pueblo lo recibió como á vencedor, es decir, entre perfumes, rosas, cohetes y repiques de campanas; un desertor de su comitiva pasó á Puebla y avisó de la poca fuerza que traía. Destinóse á D. Miguel Soto Maceda, de quien otras veces hemos hablado, con seiscientos hombres escogidos, dos cañones y un obuz, y á su segundo D. Pedro Michéo para que lo atacasen. Morelos se atrincheró prontamente en la plaza, poniendo parapetos de vigas en las bocas calles, y situando en sus inmediaciones por las azoteas á muchos indios del lugar é inmediaciones, armados de hondas. Formáronse dos columnas de ataque por los españoles. Soto se situó en el Calvario que es punto dominante al lugar, y Michéo atacó por otras calles; no pudo penetrar al primer ímpetu, lanzó muchas granadas sobre la poblacion, y echó abajo uno de los parapetos que fácilmente se repuso, aunque lastimando á dos buenos oficiales, Vazquez y Santillan. Duró la accion todo el dia hasta las oraciones en que herido Soto en la cabeza y vientre se retiró; Morelos siguió el alcance hasta la hacienda de la Galarza, donde se batió cuerpo á cuerpo, y estuvo á punto de quedar prisionero. Una partida de dragones luego que oyó decir que allí venia Morelos se llenó de pavor y puso en fuga. Allí quitó Morelos un excelente cañon y el obuz. Portóse con extraordinaria bizarria y serenidad, tanto que habiendo muerto cerca de sí un oficial de artillería español, se llegó á él y lo absolvió para morir. El ataque de la hacienda de la Galarza no fué poco reñido, pues habia allí una especie de fortincito que atacó este general en persona. Al quitar el cañon le mataron al capitan D. Juan Alvarez, excelente oficial, cuya pérdida lamentó entre varios muertos españoles que hubo: uno de ellos fué el transfuga que dió aviso á Puebla de la poca fuerza de Morelos. Con esta victoria aumentó sus armas y su gloria; tanto mas, cuanto que Soto Maceda murió á los dos dias en el convento de franciscanos de Huaquichula á lo perro, pues poco antes de espirar, un fraile le exhortó á que se confe-

sase y lo echó á un tal. . . Sin embargo se le enterró en la catedral de Puebla con asistencia del obispo. Pusiéronlo en el féretro con botas, y notando con su lente el conónigo Olmedo desde el coro que tenia herraduras, dijo donosamente. . . *He aquí la primera béstia herrada que se entierra en este santo templo.* Tal fué la terminacion de lá batalla de Izúcar, y tanta la imprudencia del general Morelos en recibirla con un puñado de sus fieles costenos: poco despues de dada llegaron los Bravos á la plaza con su division.

Los prisioneros de Izúcar corrieron la suerte de los anteriormente hechos, es decir, fueron á poblar la provincia de Zacatula: esta medida fué tomada con el doble objeto de economizar la sangre americana, y de tener en seguridad á unos hombres perniciosos, haciéndolos por otra parte útiles á la agricultura en aquella nueva colonia. Ocho dias permanecié Morelos en Izúcar despues de la accion, en cuyo tiempo arregló sus cosas lo mejor que pudo, y dejó una guarnicion regular en la villa, que confió á los capitanes Sanchez, de artillería, D. Vicente Guerrero, de la tercera del regimiento de Guadalupe al mando de Galeana, y D. Manuel Sandoval, de la cuarta del mismo cuerpo. Izúcar era el lugar mas á propósito para organizar excelentes divisiones; su gente es robusta, fiel y siempre decidida por la insurreccion; las grandes poblaciones de que está rodeada, proporcionan víveres en abundancia: la inmediacion á Puebla le atraía armamento y desertores en crecido número, de todas estas ventajas se supo aprovechar despues D. Mariano Matamoros, y así es, que de mayo á agosto levantó y disciplinó mas de dos mil hombres, con que organizó los regimientos de S. Luis y S. Ignacio de caballería, dos batallones de infantería llamados del Cármen, y un regular cuerpo de artillería, tropas á que debió no pocos triunfos, como despues veremos.

Marchó, pues, Morelos para Tasco; mas este asiento de minas lo tomó por armas Galeana el dia 24 del mismo mes de diciembre (1811) despues de haber hecho otro tanto con Tepecoacuilco. El 22 llegó al pueblo de Tecapulco donde tuvo noticia de que D. Ignacio Martinez, nombrado visitador por la junta nacional de

X Zitácuaro, intentaba hacer igual conquista atacando por el punto de la Cantera, así como el padre Benavente por el de los Cedros, dejándole á Galeana la entrada del camino real de Cruz Blanca, que era la mas difícil. Martínez se anticipó á la combinacion acordada, creyéndose tal vez sobrado para la empresa, ó deseoso de adquirir lauro; pero fué derrotado, y tuvo que retirarse hasta el punto de Mogotes, distante ocho leguas. No por esto se detuvo Galeana, no obstante los obstáculos que se le presentaban: tenia á la vista varias baterías de cañones ventajosamente situadas y bien distribuidas que debian obrar sobre él, á saber: la de los Cedros, con dos cañones: la de la Tache con tres: la de la Galera con dos, y otros tantos en la Cantera que obraban poco efecto. A la una de la tarde avanzó Galeana bajo la batería de los Cedros llevando tres cañones á lomo, y alguna fusilería por delante, con lo que logró ocupar la Cantera, y esto le dió el triunfo, á que no contribuyó poco haber reventado un cañon enemigo, causando la muerte á siete artilleros. El fuego de los americanos se rompió á las ocho de la mañana, y terminó á las tres; precedió á la suspension de él, el parlamento de tres clérigos que se presentaron con cruz, ciriales, y unas banderitas blancas, que otorgó gustoso reservando la aprobacion de lo que provisionalmente se otorgara, al Sr. Morelos que dentro de pocos dias llegaría al campo. Mandóse una escolta á la plaza, que luego fué necesario arrestar, porque cometió el exceso de saquear una casa á cuyos dueños se les devolvió todo lo robado. Al dia siguiente entró toda la division en el lugar. Defendiólo el capitán García Rios, el cual viéndose herido de un brazo fué cogido en una casa con catorce europeos, todos los cuales pagaron con la vida, con mas, cuatro desertores de Tixtla, americanos, que fueron deprendidos con las armas; ejecuciones que no se practicaron hasta la llegada de Morelos, pues Galeana jamás tuvo valor para quitar la vida á nadie, si no es en campaña en que mostraba la ferocidad de un tigre. García Rios, hombre pequeñito pero de unas entrañas diabólicas, habia sido hasta entonces el temido Micocolemo de aquella comarca; habia recibido muchos aplausos del virey Venegas en las gacetas, y prefiriendo esta vana glo-

ria á la de ser útil á su nacion, era uno de sus mas desapiadados enemigos. Pagó justamente con su sangre la mucha que habia derramado desde que se presentó la revolucion por aquel partido. La victoria de Tasco proporcionó á Morelos mas de trescientos fusiles: contábanse allí mas de seiscientos con escopetas; pero sus vecinos cuidaron de ocultarlos en las minas: no gustaban de la libertad de su patria, é hicieron grandes sacrificios por estrechar las cadenas de la esclavitud, volviendo gustosos á ella por una sublevacion vergonzosa ejecutada cuando Morelos se hallaba sitiado en Cuautla y no podia castigarlos. El dia 1.º de enero entró Morelos en Tasco, dia en que estaba Calleja con su ejército sobre la villa de Zitácuaro, en cuyo socorro caminaba; pero que no pudo llegar á tiempo, porque se le presentaban grandes obstáculos que vencer, y que no debia dejar á las espaldas, pues se habria visto envuelto con fuerzas numerosas; ya veremos los apuros en que á pesar de estos triunfos se vió, teniendo que hacer con la brillante division de Porlier en Tecualoya y Tenancingo.

D. Ignacio Martínez aunque derrotado, aspiraba á que se le entregasen las armas tomadas en Tasco; tal vez lo hacia creyendo que esto entraba en el número de los privilegios de que debia gozar *un visitador*. Disputábase entonces un fusil con mas empeño que una talega de pesos, porque era mas necesario. Morelos entró la mano en esta diferencia, se pronunció por Galeana cuyo derecho era inconcuso; pero siempre respetó á la junta nacional en la persona de su comisionado.

En el espacio de ocho dias que Morelos ocupó á Tasco, nombró autoridades que gobernasen aquel asiento; dejó por administrador de la justicia á un D. N. Piedras, y de las minas á D. M. Sobrál, despues que hizo se hiciese de ellas un reconocimiento é inventario formal. En 17 de enero, parte de la division de Porlier tomó el cerro de Tenango, derrotando en él la division del mando de D. José María Oviedo, el cual con sus restos se retiró cerca de *Tecualoya*. Galeana le mandó que uniese su fuerza en este punto, lo que no ejecutó porque se lo impidió Porlier, y solo aguardó en *Tonatico* con cuatrocientos hombres. En la tarde

de este día atacó Galeana una partida enemiga con su escolta que ocupaba á *Tecualoya*: Porlier avanzó luego hasta Tenancingo, componiéndose su fuerza de setecientos hombres; mas como no halló resistencia en el pueblo, volvió á su campo de *Tecualoya*. Galeana salió con dos compañías á la barranca de este nombre: truvóse allí una acción muy cruda en la que murió Oviedo, y en ella fueron dispersos los soldados de aquel, dos compañías de Galeana, y perdidos dos cañones de este; pérdida que le fué muy bochornosa y que se cacareó en la Gaceta número 171 de 19 de enero de 1812. Entonces Porlier avanzó hasta la plaza del *pueblo de Tecualoya*; pero la encontró atrincherada, como no lo esperaba: hizo esta operación momentáneamente D. Pablo Galeana. Morelos usó de la astucia de mandar repicar las campanas del pueblo, haciendo correr la voz entre sus soldados de que ya venía en su auxilio el comandante *Rabadan*. El repique reunió afortunadamente la tropa que estaba dispersa por el lugar, en cuya sazón atacó Porlier. Así es que desmontados oficiales y soldados, y estrechados á defenderse, lo hicieron de una manera tan denonada que forzaron al enemigo á retirarse. No podía sufrir Galeana la pérdida de sus cañones, la muerte de veintisiete hombres, y sobre todo, que tal estrago se lo hubieran causado sus mismas piezas volteadas contra él: así es que *inconsulta* Morelos tomó dos compañías, salió en demanda de sus cañones, y logró recobrarlos en el momento mismo de pasar la barranca, con mas cincuenta fusiles de otros tantos soldados que mató; regresó al campo, y ya solo se trataba de marchar en busca de Porlier que estaba en Tenancingo. A su división numerosa se habian reunido otras partidas, y entre ellas la negra de las haciendas de Yermo; todo exigía mucha precaucion para acometer la empresa de desalojarlo de aquel pueblo. La tropa tomó un día de descanso: revisáronse las armas, y los soldados se habilitaron de municiones y víveres. A las nueve de la mañana del siguiente día, se presentó Galeana sobre Tenancingo que estaba inmediato quedándose Morelos en el pueblo de *Tecualoya*; pues de resultas de una enorme caída que dió en Izúcar el día del ataque, se le hicieron unos tumores. Iban en el ejército americano los Sres. Bravo y Ma-

tamoros, que ya se habia presentado en Izúcar, y á quien Morelos tuvo gran cariño, que acaso no igualó el de este: tambien los coroneles Marin y Hernandez, á quienes se encomendó la infantería del difunto Oviedo. Entrar y comenzar la acción por la calle real, fué todo uno. El esforzado Michilena hizo una salida vigorosa, y quitó á Galeana segunda vez los mismos cañones recobrados dos días antes por los esfuerzos indicados; entonces este general con tres compañías de infantería atacó á los españoles, y los hizo replegar, á pesar de que repitieron sus salidas y escaramuzas, que al fin produjeron alguna dispersion en los americanos; pero reunidos por Galeana, volvió á ocupar los puntos de la capilla de Dolores, calle Real y Tenería, donde desde el principio se habia situado.

Al siguiente día 24 de enero de 1812, vino el general Morelos, con cuya presencia se aumentó el vigor y confianza de su ejército, así como la rabia y despecho de Michilena; pues hizo una salida con la mayor parte de la fuerza enemiga á efecto de desalojar á Galeana y Bravo de sus puntos: peleóse con mútuo encarnizamiento. Hallábanse situados y atrincherados en la puerta de una casa cuatro soldados de Galeana, y entre ellos un negrito costeño llamado *Faustino Castañeda*, criado de la hacienda del Zanjón, que dirigiendo la puntería de su fusil sobre Michilena, le entró la bala por un costado y dió con él en tierra; iba tan borracho, que puede decirse le salía el tufo del aguardiente por las heridas: desnudáronlo luego, y notaron con admiracion en su cadáver, que en el brazo derecho tenia pintada una muñeca de azul y encarnado, y en la espalda *un mico*; no de otro modo que los que se pintan los léperos carceleros en estos países, por un efecto de holgazanería y ruindad de principios: circunstancia que dió mucho que reflexionar á los americanos, é infrieron quién seria en su origen este orgulloso español. Poco duró el gusto del triunfo al matador de Michilena, pues por quitarle á su general Galeana un tiro que le asestaba un soldado realista, se interpuso entre uno y otro, y lo recibió en una sien, quedando allí muerto; acción heroica de lealtad, y que muy bien muestra la que tenían estos soldados á sus gefes. Signió el fuego despues de la muer-

te de Michilena como una hora, y en este espacio de tiempo mataron los españoles en la calle siete americanos, é hirieron al capitán Lara, persona recomendable en el ejército. Morelos por sus dolencias, no pudiendo mandar á caballo, daba sus órdenes sentado en una caja de guerra: sobre ella comió, y repartió con mucho gusto una gran porcion de tamales con que le obsequiaron sus buenos y sinceros amigos los indios; y á vista de tanta calma y seguridad nadie dudó que el enemigo, ó quedase derrotado en aquel día, ó tomase algun partido que fuese ventajoso á Morelos. Continuó sin embargo Porlier el fuego hasta cerca de las once de la noche que lo prendió á las principales casas del pueblo, y cuyas llamas cebándose en materiales combustibles, se elevaban al cielo, dando horrendos crujidos las vigas en el acto de desprenderse de sus trabazones. Aprovechóse del pavor que causaba el incendio, y emprendió su retirada para Toluca (dijose falsamente que vestido de india, y no seria mucho, pues el miedo convierte á muchos en Prothéos y Maricas) influyó harto en esta retirada un tamborcito de Morelos, que habiendo sido hecho prisionero en Tecualoya, preguntándole por la fuerza americana, les dijo . . . que aquella era no mas que la vanguardia, y que detrás venia doble gente. Luego que se sintió la ausencia de los enemigos de Tenancingo, salió Bravo á seguir su alcance, pero anduvo poco; porque ni su caballería estaba para darlo, destroncada con dos dias de cansancio y sin comer, ni lo permitia la dispersion en que marcharon metiéndose por unos barbechos; no obstante, se les hicieron prisioneros dos marinos renegados é infernales, que fueron heridos en el acto de cogerlos, dos dragones y un tambor. Tomáronse á Porlier dos cañones grandes, un pedrero, y una culebrina de la fábrica de Manila de las que trajo Empan de Guadalajara cuando vino á atacar á Rayon á Zitácuaro. Morelos permaneció en Tenancingo tres dias, mandó purificar la iglesia, y que se rociase con vinagre; hizo que se sepultasen mas de cuarenta cadáveres, y pasó á Cuernavaca, lugar de delicias donde tuvo dos dias de desahogo. Notóse que perecieron algunos negros de las haciendas de Yermo, y que estos mostraron grande encarnizamiento contra los americanos, mayor que el

comun de las tropas realistas. Las máquinas siempre se mueven á proporcion del impulso que reciben.

Fué grande la consternacion en que se hallaban en esos dias los españoles en México; la fuerza de Morelos habia aparecido por venta de Chalco al mando de D. Victor Bravo y Larios, como dijimos en una de las Cartas de la primera época, † y las avanzadas americanas llegaron á S. Agustin de las Cuevas para evitar una sorpresa. El sentimiento de la pérdida de Zitácuaro se habia minorado en mucha parte con la noticia de estos triunfos: noticia tenida, no por las fabulosas gacetas, sino por los particulares, pues el gobierno á pesar de la impudencia escandalosa con que mentia, no se atrevió á hablar palabra sobre estos acacimientos. Es muy digno de notar que esta derrota de Porlier fué una medida de correccion para su crueldad; desde entonces se le advirtió mas humano, y mostró resistencia á derramar la sangre americana en ejecuciones militares de que antes habia sido tan pródigo. A veces la sangre se restaña con la sangre, y el llanto se enjuga con llanto.

OCURRENCIAS IMPORTANTES POR EL SUR, ANTERIORES AL SITIO DE CUAUTLA AMILPAS.

Historia del capitán poeta D. Ramon de la Roca.

Por octubre de 1811 nombró el virey Venegas á D. Ramon de la Roca, comandante de la provincia de Chalco. Era este un jóven que acababa de llegar con grandes recomendaciones de España por su talento y grande aplicacion á las letras humanas; mostró muy luego su aptitud en ellas, pues compuso varias poesías, y unas octavas en que canta la ruina de Zitácuaro que consagró á Calleja como pudiera Lucano dedicar á Neron un poema del incendio de Roma, á que aplicó la théa, se gozó con sus estragos, y los celebró con su flauta. Calleja le correspondió su obsequio durante la época de su vireinato: hízolo de su confianza, y entonces pudo desarrollar todo el odio que abrigaba en su corazon contra los americanos, y que comenzó á mostrar desde los

† De la primera edicion

primeros números de su periódico intitulado el *Amigo de la Patria*, de que se hizo editor, y para cuya formacion se reunieron los enemigos de ella, ó sea algunos pícaros que debieran remar en galeras. En breve se puso en ridículo Roca, pues salió á luz un papel intitulado *el Donado Hablador*, publicado en los pocos instantes que tuvo libertad la imprenta en el año de 1812, y en que se manifiesta la cobardía de este sugeto.

Hallábase en este tiempo el pueblo de Ameca en agitaciones que Venegas creyó aquietase Roca: y se mostraba allí enemigo implacable de la libertad de la América un F. Paez, indio, y dueño que se decia de los volcanes de nieve. El primer paso que dió el nombrado comandante, fué convocar una junta para Chalco, é hizo que asistiesen á ella los curas para imponer una contribucion forzosa, y que ellos graduasen el cupo de cada vecino; así lo hicieron, y el dinero se exigió de una manera militar.

En fines de octubre fué despojado de la comandancia de Ameca D. Joaquin Garcilaso: se le agregó á Roca, y así es que dispuso poner un canton que resistiese á Morelos si volvía sobre Cuautla como presumia. Obligó á los vecinos de ambas jurisdicciones á que se presentasen con sus armas, y de ellos escogió quinientos, con los que marchó á Cuautla. Reconocido el Valle, eligió para su cuartel un campo llamado de las Carreras, inmediato á la hacienda de Casasano, y allí permaneció hasta el 26 de diciembre en que dió una vergonzosa carrera hasta Juchi, confirmando con este hecho el concepto de cobardía con que ya se le habia marcado.

X La conducta de Roca y de otros comandantes, ofendió altamente al cura interino de Xantetelco D. Mariano Matamoros, de quien ya hemos hablado, y ella, no menos que la persecucion que ya se le hacia, teniéndolo por sospechoso, y queriéndolo prender en su mismo curato, le obligaron á presentarse á Morelos en Izúcar en 16 de diciembre; insuflóle cuanto pudo para que se situase en Cuautla y acabaron de decidirlo las insinuaciones de alguno de los Bravos, tal vez bien hallado con su residencia en aquella villa.

Asimismo se le presentó como Matamoros, D. Francisco Aya-

la, teniente de capitan de acordada; mas este hombre digno de figurar en el bello siglo de la Grecia, ó de la virtuosa Roma, merece que nos detengamos en referir su historia.

HISTORIA DE D. FRANCISCO AYALA.

Como gefe de acordada tenia unos cuantos hombres á sus órdenes, con los que habia purgado de ladrones el valle de Cuautla; vivia con su familia en la hacienda de Mapaxtlan, y era amado generalmente pues con nadie se metia, y hacia el bien que cabia en su esfera y posibilidad. Quísolo obligar D. Joaquin Garcilaso, comandante del departamento á que siguiera la milicia con todos sus dependientes; mas Ayala se escusó con palabras y pretextos honrosos; pero sus escusas lo hicieron sospechoso, y así es que le juraron un ódio implacable. Acaso en aquellos dias el comandante Moreno atacó á un F. Toledano en la hacienda de Jalmolonga, y registrando su cadáver (porque le dió muerte) encontró en sus vestidos ciertas cartas de D. Ignacio Ayala, que Morelos habia puesto de comandante en el Veladero y de quien ya hemos hablado; pero sin atender Moreno á que eran de otro diverso nombre, por hallarse el Ayala de Cuautla en Mapaxtlan, ni curarse de identificar su persona, tan solo por el ódio que le profesaba, dispuso inmediatamente ir sobre él para prenderlo trayéndolo vivo ó muerto; reunió como trescientos hombres, y marchó para Mapaxtlan, pero al pasar Moreno por cerca de Cuautla avisó al comandante Garcilaso de la espedicion que llevaba, suplicándole le auxiliase con la mas tropa que pudiera. Garcilaso ignorante de lo que habia pasado en Jalmolonga, y que no podia impartir el auxilio tan pronto como se lo pedia porque su remonta estaba en el campo, se demoró demasiado; así es que Moreno temiendo que Ayala se le fugase pasó á Mapaxtlan, y llegó allí el 16 de mayo á las dos de la tarde. Dirigióse en derechura á la casa de Ayala que era de zacate, y habiéndolo hallado comiendo dos españoles, á quienes mandó que se informaran si estaba allí, quedándose con toda la gente á corta distancia esperando la contraseña que les dió, el inocente Ayala desde su asiento les ofreció de comer, y les instaba con eficacia á

que se apeasen, pero ellos lejos de hacerlo solo dieron la contraseña convenida. Luego que Moreno la entendió cargó toda su gente sobre la casa, y mandó que hicieran fuego. Las balas entraban fácilmente en la casa pajiza, de suerte que una clareó por el vacío á la esposa de Ayala: viéndose este perdido por una parte, y por la otra rabioso de vengar la sangre de su consorte, tomó dos pistolas, y con ellas en la mano se fué sobre los que ocupaban la puerta; allí con el mayor desembarazo las disparó diciéndoles: . . . *Vaya para polvos, cabras*: uno de los tiros alcanzó á un español llamado *Piñaga* que cayó muerto á los pies de sus compañeros que luego se acobardaron y desampararon el punto, dieron lugar á que Ayala tomara su caballo, y se pusiese en salvo. Moreno volvió á poco rato, y no encontrando allí á Ayala, no tuvo mas venganza que mandar quemar su casa sin atender á que allí estaba su infeliz muger mortalmente herida, bien que tal vez seria su ánimo que se redujera á cenizas. Concluida esta operacion inhumana, se retiró á la hacienda del Hospital, donde durmió con su tropa, y desde allí volvió á impartir auxilio á Cuautla.

Ayala se ocupó aquella noche en adquirir noticias de su esposa y suerte que habia corrido su familia. Informáronle que un mozo suyo habia sacado á su señora para libertarla del fuego, y que la habia ido á ocultar á una barranca temiendo volvieran los españoles á matarla. Agitado con estas noticias y deseoso de saber la suerte que corria en tal situacion, Ayala no se quiso retirar mucho de Mapaxtlan, y eligió el pueblo de *Nenecuilco* para ocultarse; mas no lo pudo conseguir como deseaba, pues habiéndosele reunido doce hombres de los suyos y dos de sus hijos, ya se hizo público que estaba en *Nenecuilco*. Sabedor de esto Moreno dispuso marchar para allá, llevando consigo á Garcilaso con mas de cien hombres que habia podido juntar, lo que sabido por Ayala, y que en demanda suya se ocupaban ya cuatrocientos, se metió con sus catorce compañeros en la iglesia del pueblito referido, dejando sus caballos amarrados á los árboles del cementerio. Desde la bóveda se pusieron á observar los caminos, hasta que por el de *Mapaxtlan* vieron venir á Moreno con

su gente, de lo que avisado Ayala no se acobardó, por el contrario deseaba impaciente el momento de batirse. Llegó Moreno, cercó la capilla, y comenzó el fuego con el mayor empeño para forzar á Ayala á que se rindiese; mas este le correspondia á sus tiros pausadamente cuando lo hallaba conveniente, pues siendo poco su parque, temia gastarlo con imprudencia y sin provecho. Solo cuando se le acercaban, ó intentaban llevarse los caballos del cementerio les hacia sus descargas matando á algunos de los mas atrevidos, mientras no, solo les asomaba las carabinas por las ventanas de la vivienda contigua á la iglesia, lo que bastaba para hacerles perder terreno. Así se mantuvo hasta cerca de las oraciones de la noche en que la hambre los hizo salir. Resolvióse á morir varonilmente, ó á salir triunfante. Tomada esta resolucion se asomó á una ventana, y con voz arrogante dijo á los sitiadores estas precisas palabras: . . . *Prevénganse, cabras, que ya voy á salir*. Fué tal la impresion que produjeron estas espresiones, que con el mayor desórden echaron á huir, é iban tan ciegos que en un apantle de agua (ó sea acequia que habia allí inmediata) cayeron muchos de ellos caminando á rienda suelta hasta Cuautla, sin considerarse seguros en parte alguna. Ayala que observó todo esto con serenidad, despues de reconocido el campo de sus enemigos se halló con una gran cena que tenian allí preparada, y se refaccionó á su costa espléndidamente. Concluida esta, montaron todos en sus caballos y tomaron el camino de *Huichila* en las inmediaciones de Tenextepango. No quiso pasar de aquí, pues deseaba saber de su esposa. Pasáronsele muchos dias hasta que supo que habia muerto en Cuautla al tercero dia de haber llegado allí conducida por el mismo que la libertó del fuego: que su hijo de pecho estaba encomendado á una persona de satisfaccion, y que aunque estaba melancólico porque estrañaba á su madre, no obstante estaba bueno. Entonces ya no quiso detenerse mas en Huichila, y marchó con sus compañeros á Chilapa, donde estaba Morelos, á quien consternó la relacion de un hecho tan atroz. Mandóle que reclutara gente, y le dió nombramiento de coronel. En tal concepto, acompañó á su general en varios ataques, y aunque en

todos obró con un valor brusco y muy ageno de la disciplina de un verdadero militar, empero acreditó ser tan valiente como honrado.

No será esta la última vez que hablemos de este hombre raro que nos acerca con sus hechos á los dias heróicos de la antigüedad, ó á los quijotescos del Baron de *Trenck*; hechos que se contaron de boca en boca, y que pasarán de gente á gentes para aumentar en las naciones la idea de la ferocidad de los españoles, y despotismo con que nos dominaron. Quisiera Dios que un procedimiento tan inicuo solo se hubiera ejecutado en la villa de Cuautla; pero por desgracia muchos de esta naturaleza se repitieron en cuantos puntos dominaron con vara de hierro. ¡Dichoso Morelos, á quien fué dado tener en sus huestes hombres del valor y sentimientos de D. Francisco Ayala!

Cuéntase que los enemigos de este celebraron una junta en Cuautla para prenderlo, y que despues de recios debates, suponiéndolo invulnerable, acordaron presentar un grupo de hombres armados, pero cubiertos con colchones. ¡Valiente resolucion, y muy digna de un cabildo de guajolotes!

En 24 de diciembre de 1811, Morelos antes de llegar á Cuautla mandó al capitan Larios con cien hombres de descubierta, á fin de que observase el campo del poeta Roca. El 26 llegó á Ayacapistla; encontróse con una guerrilla de este y la batió, dejando muerto á un europeo apellidado *Lastra*, que apenas vieron cadáver los realistas cuando echaron á huir hasta el campo de las *Carreras*, donde estaba su comandante. Afectóse este de un terror pánico, y sin mas demora que el preciso tiempo para echar por tierra los jacales que él llamaba *tiendas de campaña*, puso pies en polvorosa, y no paró hasta Juchi, á donde llegó con la mitad de la gente, porque la demas se le desertó con armas hasta Cuautla.

En 11 de enero salió Larios á continuar sus correrías. En Totolapam supo que Roca se hallaba en Juchi con poco mas de cien hombres, y por tanto caminó toda la noche para darle un al-bazo; pero él tenia una musa de las desconocidas en el coro de las nueve de Apolo llamada *Cobardía*, que era su favorita, la

que le inspiró en sueños de pesadilla que se fugara para Ameca, como lo hizo, dejando mal de su grado oculto un cañon que cayó en manos de sus perseguidores.

El cura del lugar salió á recibir á Larios bajo de palio, y le hizo muchas cucamonas: cantósele el *Te Deum*, que para él fué lo mismo que cantar en griego, ó las coplas de la zarabanda, porque era un rústico; mas he aquí que Roca aparece haciendo el *já* sobre las alturas del pueblo; pero su enemigo apenas lo entiende cuando forma su batalla, toma una partida de caballería y le sale á cortar la retirada. No necesitó mas que entender este movimiento el hijo querido de las musas, cuando sin aguardar el tiro de un fusil voló á escape hasta Chalco: ni aun allí se creyó seguro: tomó segunda vez su trotero, cuyos hijares fatigó sobre manera, y á pesar de que parecia una aguililla de Buenos Aires, él creia que se movia tan suavemente como D. Quijote creyó de Clavileño, béstia del mejor paso del mundo, segun lo reposado que andaba. Basta por ahora.—A Dios.

